

LA NOVELA
CORTA

10 cts.

LA TORRE DE LA CAUTIVA
por
F. Villacpesa

20

DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 428

Sumario de obras publicadas en la novela TEATRAL.

- Galdós.**—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-
36. La loca de la casa.-62. Realidad. 82. La
de San Quintín.-*Sor Simona.
Benavente.—9. Todos somos unos.-102.
La copa encantada.-107. El marido de su
viuda.-229. Más fuerte que el amor.-230. La prin-
cesa Bebé.-233. El dragón de fuego.
Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio.
76. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-
*Pepita Reyes.
Guimera.—113. María Rosa.-114. Tierra baja.
186. Agua que corre.
Linares Rivas.-16. El Cardenal.-89. La Ci-
zánica.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.-
246. Toninadas.
Martínez Sierra.—29. Primavera en Otoño.
*El ama de la casa.
Tamayo y Baus.—136. Un drama nuevo.-29.
La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La
locura de amor.-177. Lo positivo.-214. Virginia.
Dicenta.—6. El lobo. 14. Sobrevivirase. 24.
El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60.
Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-82.
Luciano.-*Juan José.
Zorrilla.—188. El Alcalde Ronquillo.-130. El
Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El
puñal del godó.-171. La mejor razón, la es-
pada.-234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte)
Villaseca.—10. El rey Galaor.-23. Aben-
Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leo-
va de Castilla.-217. El Halconero.-*El Alcázar
de las perlas.—28. La Gioconda.
Marquina.—154. En Flandes se ha puesto el
sol.-182. Doña María la Brava.-201. El Retablo
de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey
Trovador.
Ramos Carrión.—84. El noveno manda-
miento.-86. La Tempestad.-85. La Bruja.-153. La
muela del juicio.-101. El bigote rubio.-106. Los
sobrinos del Capitán Grant.-179. Micara mitad.
123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Mar-
selesa.
Vital Aza.—32. Francfort.-33. La Rebotica.-
36. Ciencias exactas.-38. La Praviانا.-45. Pa-
- rada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de
armas.-157. Las condoruces.-137. El sueño dorado.-
125. El matrimonio interino.-225. Llovido del
cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de co-
pa.-219. Con la música a otra parte.-191. El afinador.-
200. Perecito
Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor
Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en des-
doblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso
muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El
rey que rabió.
Echegaray (Miguel).-44. La viejecita.—
50. Gigantes y cabezudos.-76. El dño de la
Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios
en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hu-
gonotes.-120. Entre parientes.—111. El octavo
no mentir
Arniches.—2. La sobrina del cura.-11. La
casa de Quirós.—18. Las estrellas.-20. Dolores.-
21. La señorita de Trévez.-43. La gentu-
za.-67. La noche de Reyes.
Arniches — García Alvarez.—15. Alma
de Dios.-17. El pobre Valviena.-70. El terrible
Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método
Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. M. Papa.-124.
El pollo Tejada.-128. El perro chico.-106. Gente
menuda.-122. El príncipe Casto.
García Alvarez-Muñoz Sánchez.—8. El ver-
dugo de Sevilla.-12. Fúcar X.ª.-24. La frescura
de Lafuente.-51. El último trazo.-56. Los cun-
tro Robinsones.-64. Pastor. *El Borrego.-73.
Trampa y cartón.-93. Faustina.
Paso Abati.—13. El río de oro.-40. El gran
tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los
perros de presa.
Perrín-Palacios.-74. La Corte de Faraón
80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.
89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-108. El
Húsar de la Guardia.-112. Enseñanza libre.-
*Cinematógrafo Nacional.-218. Ceatamen Na-
cional.-194. Cuadros disolventes.-150. La Tierra
del Sol.-225. Las mujeres de don Juan.-146. 23.
País de las Hadri.

COMEDIAL

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidiosos.-6. Las cacatúas.-16. El nombre que se acordó
25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.
35. Primerose.-36. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-46. Los Noveleros.-
64. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-86. La cena de las burlas.-100. Franz
Hollers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los
ganosos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocno del cielo!-134. Militares y paisa-
nos.-135. Muérete y verás!-138. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carri-
ño.-143. El Revisor.-144. Blasico Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-146. Lo que ha
de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del
almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de
Urbequieta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-186.
El primer rorro.-187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-196. Los
amantes de Teruel.-196. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203. La historia
del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Mister
Beverley.-212. La dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.
220. Los piprosos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-227. Las vírgenes locas.-227. El soldado de
San Marcial.-228. Judith.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.
237. El puesto de antiquités de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte
de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-215. El mayor
monstruo, los celos.

(Continúa en la penúltima página.)

C. H. V.
1000

LA TORRE DE LA CAUTIVA

NOVELA INEDITA

R-7320 A

FRANCISCO VILLAESPESA



El misterio de las constelaciones se rasga, por fin, ante los ojos atónitos, desmesurados de espectación, del príncipe Abderramán-ben-Abdemejic el-Omeya, último descendiente de la más noble familia de Koreich, discípulo del sabio Alí-ben-Jusuf-el Galid, ilustre hijo de Córdoba, cuyas tablas astronómicas sirvieron de pauta a las del célebre rey de los cristianos Alfonso-ben-Ferdéland.

El rostro pálido, consumido por la fiebre de tenaces vigiliás, se inclina ávidamente sobre las amplias tiras de piel de rinoceronte, donde signos mágicos trazan tortuosos caminos de serpiente.

La vieja lámpara de bronce, trabajada a cincel como una joya, hermana de las cuatro mil setecientas que alumbran la gran Aljama de Córdoba, pendiente por salomónicas cadenas de plata de la alta bóveda encristalada, arroja una luz lívida, casi sangrienta, nublada a veces por el revuelo de algún murciélago, sobre el amplio taburete de cedro, incrustado de marfil y gemas, todo cubierto de rollos de pergamino y astrolabios.

Las novelas inéditas que publica esta Revista son pagadas como INEDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

El trémulo resplandor de la Luna envuelve el resto del atrevido observatorio que el genio de Azhuna levantara sobre la torre más soberbia de la Alhambra, como un penacho de pedrería sobre un turbante real, en un rútilo ensueño de plata fosforescente.

—¡Bendecido el nombre del Señor! ¡Acatados sean sus designios!—murmura jubilosamente el joven principe.

La bella testa varonil se alza triunfal.

Los grandes ojos rasgados, donde la noche encendió la negra hoguera de sus ébanos profundos, se dilatan bajo las negras pestañas, como si quisieran absorber en sus retinas toda la luz de la Luna y la celeste claridad de la Hora.

Por los abiertos ajimeces asciende, con la luminosa polvareda estelar, el ensueño múltiple, fastuoso y primaveral de la ciudad, dormida a la sombra de sus mil torres, de sus murallas cubiertas de hiedra, de sus cármenes desbordantes de flores.

La música de las fuentes, de las innumerables fuentes de la Alhambra, perla la noche le frescura. Se la siente gofear, filtrarse palpitante en las entrañas removidas de la tierra fecunda, y correr por las venas de la sombra, como la sangre fragante y fabulosa de una eterna juventud. Los ruiseñores asaetan el espacio con su voz de cristal y de suspiros, desde los jardines de los Adarves, en los quioscos de la plaza de los Aljibes, entre los cipreses y los naranjos de los maravillosos patios del Alcázar, y más abajo, en todos los cármenes que desbordan sobre el Dairo sus vivas canastillas de flores. Y sobre tantas bellezas, desde los astros perennes y rutilantes, los arcángelos del Silencio descienden por gráciles escalas de plata, con el índice en el labio, recogidas las alas, plegadas las túnicas, cautos los pasos, para no turbar el frágil encanto del misterio nocturno.

Las hogueras de las atalayas parpadean como pupilas vigilantes que luchan con el sueño, entre el verde profuso de los huertos, y las manchas benébrosas de los bosques abruptos. Más allá, rasgando el cielo con su casco de plata, se eleva la Montaña de la Nieve, como un centinela que custodia el sueño de la ciudad predilecta de Allah, la sultana de Occidente, de esa ciudad cuyo nombre es frescor de aguas y dulzura de mieles, de Granada la Bella.

Bajo el doble arco de la puerta, aparece la patriarcal figura de Ali-ben-Jusuf-el-Galid.

Luenga barba blanca, fluctuante a lo largo del amplio ropón de seda carmesí franjeado de oro.

Bajo la nieve del turbante, la negra voracidad de sus ojos proyecta sobre el rostro escuálido una sombra de austera gravedad.

—¡Alabado sea Allah, clemente y misericordioso! Su magnificencia derrame sobre tu frente, oh, Abderramán, hijo de reyes, descendiente del profeta, todos los bienes que prodigó a manos llenas sobre tu estirpe!—murmuró despaciosamente, inclinándose en una profunda reverencia, hasta sentir la frialdad del pavimento bajo la palma de sus manos.

El joven se abalanza a su encuentro no pudiendo contener la impetuosidad de su impaciencia, como si la llegada imprevista, casi providencial, del sabio Hafiz, pudiera aportar a su espíritu atribulado la palabra milagrosa que serena los mares y hace que se detengan, jadeantes los flancos y sudorosas las crines, los negros corceles de la tempestad.

—Ve, Alí, lo que arrojan estos cálculos. Descifra los inmutables designios de las estrellas—la voz se rompe de emoción, y ante los ojos febriles y profundos del anciano, las manos trémulas desenrollan torpemente las largas tiras de piel de rinoceronte, cubiertas de fórmulas astrolábicas.

Alí-ben-Jusuf las examina atentamente, una por una, escudriñando el signo más fútil.

El silencio es tan profundo, que se oye el latir violento y presuroso del corazón, y hasta el jadear del aliento entre los finos labios mordidos de impaciencia.

—Príncipe—interrumpe el anciano—, los sellos se han roto y el libro de la Verdad, el libro escrito con caracteres de fuego, va a abrir sus páginas ante tus ojos mortales. ¿Podrán tus pupilas leer sin deslumbrarse? ¿Estarán suficientemente puros tus oídos para escuchar el eco de la palabra divina?

Jamás dejé de cumplir los preceptos koránicos. Tú sabes que mis ojos sólo se abrieron para la adoración de Allah y que mis oídos sólo oyen las máximas y las alabanzas del Altísimo.

El índice de Alí-ben-Jusuf señala, uno por uno, los signos cúficos escritos sobre la piel encerada.

—Este cometa, cuyo caudal de luz se extingue entre la polvareda de plata de los astros, presagia el fin del Islam en estas fértiles tierras que nuestros mayores fecundaron con sangre y abonaron con sus propios huesos. Esta estrella luciente, de una pureza de luz única, que fulgura como un diamante, entre la constelación del León y de las Virgenes, predice un hombre puro: un corazón de león en cuerpo de virgen.

El sólo puede detener la ruina de nuestra ley.

Sus labios puros sabrán decir la palabra salvadora y su brazo de león será capaz de esgrimir victoriosamente la corva cimitarra del Profeta.

Los arcángeles del Señor nos abandonaron horrorizados de tantas iniquidades. Hemos confiado a los ineptos los bienes que el Señor encomendó a nuestros cuidados. Los ambiciosos son como el mar, que con todo viento se alborota. Nuestros brazos se han cansado de acuchillar a nuestros propios hermanos y ya no pueden resistir el golpe de nuestros enemigos. Córdoba, Sevilla y Murcia han caído en poder de los cristianos.

Nuestras taifas vagán desordenadamente por el norte de El-Mogreb. Todo parece presagiar un próximo desastre. De Arabia y de Persia, hombres pálidos por el terror, llegan a reclamar el auxilio de nuestros brazos. Las armas cristianas se aprestan a conquistar nuestros dominios. Sus galeras llenan el mar, y son tan innumerables, que los mástiles proyectan en las olas las mismas sombras que los espesos bosques sobre su tierra de brumas. La polvareda que levantan sus patrullas nubla el sol y ensombrece los caminos, de naranjos y tamarindos, que conducen a Damasco, y las espadas y las cuchillas de los bárbaros se afilan en las mismas piedras que hicieron relampaguear los cascos de nuestros corceles victoriosos. La cruz se proyecta en las arenas de nuestros desiertos y acaso dentro de poco abrirá también sus brazos sobre los santos minaretes de la Kaaba, como los ha abierto ya en la gran Aljama de Córdoba.

Abul-Beca, el gran poeta de Ronda, lo ha dicho en estas lágrimas que la religiosidad de Alhamar hizo suspender de los alicatados de su cámara, recordándole el dolor y la vergüenza del Islam:



Ahora nuestras mezquitas trocaron en iglesias:
sólo brillan en ellas la luz y las campanas,
y nuestros almirantes, aunque de duro leño,
lloran nuestras desdichas y se anegan de lágrimas.

Necesitamos un caudillo que se imponga sobre todas las rivalidades, que congregue en torno de su estandarte todas las banderas, que ordene nuestras alforjas y las conduzca a la victoria. Tú eres joven y fuerte. Tú puedes ser el elegido del Señor. Descendiente del Profeta, tu sangre es más pura que la de los kálifas de Damasco y la de los emires granadinos. Mi fidelidad te ha criado en las prácticas de las más santas máximas del Korán:

«Aléjate del ignorante y teme su contacto.» Un derviche sale por sí mismo de las olas. Un sabio saca también a los demás.

Te aislé de todo; y para estar más cerca de Dios, me encerré contigo en una vieja fortaleza de las inexpugnables Alpujarras, entre los restos de la gran biblioteca de Córdoba, que fundó la magnanimidad del kalifa Alhakem ben Abderramán y que tus padres custodiaron con el mismo fervor que se guardan en Meca las reliquias de Mahoma.

Toda la ciencia acumulada en mí, por tantas lunas de estudios voraces, la fui volcando como el ánfora de un río caudaloso en el mar ávido y profundo de tu espíritu. Un tenaz presentimiento me advertía que vigilase en tí al más alto destino de nuestra raza. De todos los descendientes del Profeta, tú sólo puedes ser elegido, por la doble virtud de la sangre y de la inteligencia. El sabio Abulfaragí-el-Isfahaní pareció presentir tu valor cuando escribía:

«La luna del Islam tendrá un eclipse; los pastores, atemorizados, abandonarán el rebaño y los lobos caerán sobre él en furiosas manadas. Pero de tierras de Occidente vendrá un leoncillo, cachorro del más noble linaje de Hegiaz, y, para mayor gloria del Altísimo, ahuyentará a los lobos y pondrá a buen recaudo el rebaño.»

Tú puedes ser el cachorro de los viejos leones que cantó el poeta de «El Aganir».

Tu brazo es el más fuerte y tu pierna la más ágil. Puedes detener un carro de combate sólo con afianzarlo por el rayo de una rueda. Eres capaz de desjarretar un toro y vencer a los caballos del viento. Podrías cazar los halcones al vuelo. Hice tu carne dura como el granito de nuestros montes, y tu alma blanda como la arcilla de los alfareros de Fajalauza, que deja impresa la menor huella.

Tu inteligencia no tiene más límites que Dios.

Has buceado en el mar de lo infinito y sales de él con las manos colmadas de todas las perlas de la sabiduría. Como el rey Salomón, conoces la música de los astros y lees en ellos como un quiromante egipcio en las rayas de las manos. Has sido conducido a la cima de un monte para oír la palabra que no se olvida nunca y es la mejor guía de los pueblos. Y serás introducido por Dios en los jardines ricamente regados por limpidas corrientes de agua perfumada. Llevarás brazaletes de oro y perlas y el forro de tus vestidos será del brocado más rico. Las falanges angélicas se abrirán para que pases. Los más gloriosos caudillos arrojarán a tus pies sus cimitarras, y los profetas te sentarán entre ellos, en sus mismos troncos de pedrería, fulgentes como relámpagos, como incendios de iris. ¡Tú puedes ser, oh Abderramán, el glorioso restaurador de la Ley!

El acento del anciano tiene una solemnidad profética, y sus palabras, armoniosas y graves, van cayendo en el silencio sonoro como un desgranar de sargas de perlas sobre un joyero de cristal de roca.

—¡Oh, Alif! ¡Si no te engañases! ¡Si fuera esa la predicción de los astros!—exclama el joven príncipe, dejándose arrastrar como en un torbellino por el orgullo de su destino soberbio.

—¡Oh! Abderramán; ten fe! Cierra los ojos hasta que los párpados te pesen como de plomo, y lánzate violentamente al abismo que el destino abre ante tus plantas: Dios sabrá conducirte, y con los ojos cerrados verás lo que no vió mortal ninguno.

Si dudas, se apagará la lámpara que el Cielo puso en tus manos; la lámpara maravillosa que te hará ver todos los tesoros del mundo; aun aquellos que yacen sepultados en las entrañas de la Tierra.

Haz cuenta que atraviesas un puente frágil entre dos precipicios. En cada mano llevas una copa colmada de agua. Y a la menor flaqueza tuya las copas se desbordarán. Sé fuerte y confía ciegamente en Dios.

Cuando la Providencia te pone en las manos las cuerdas de la felicidad, todas las criaturas concurren a hacerte feliz. Tus mismos enemigos te ayudarán. En cambio si la desgracia te persigue nada podrá librarte de ella. No está seguro el infeliz aunque se encarama a los nidos de las águilas, ni evitará las saetas del Hado aunque se suba a las estrellas. Así lo quiere el que todo lo puede.

Ten confianza en tu estrella. No palidezcas jamás ante los demonios que te asalten para hacer vacilar tu fe. Los arcángeles estarán contigo para defenderte con sus escudos de diamantes y desbaratar las legiones de «Eblis» con sus espadas de fuego. Dios sembrará el terror en las filas de tus enemigos. Y tú les golpearás en la nuca hasta que te dejen franco el paso.

—¡Oh, si todo se redujese a aplastar de un mazazo el gigante más terrible, custodio de los tesoros del destino; a derribar de una lanzada al dragón más violento!... Mi estirpe brillaría más fulgida que el Sol en el zénit. Mi mano sabría sostener el estandarte verde del Profeta; como lo sostuvieron mis antepasados los kalifas de Oriente y los emires de España. Y de nuevo el tropel victorioso y veloz de nuestros corceles aventaría el polvo de las estepas castellanas. Y los muros de Córdoba, de Murcia, de Toledo, de Sevilla y de Valencia, se verían coronados por los turbantes del Heguiaz, y nuestros gritos de guerra aullarían como lobos hambrientos en las gargantas de las guájaras y desfiladeros, camino de Afranc.

Y en el frenesí de exaltación, sus ojos arden, su voz se transfigura, como si pasase entre el polvo y el sol y los relámpagos de las armas, un glorioso desfile de banderas triunfantes; y el cuerpo ágil y esbelto se esculpe en relieve heroico bajo la plata de la Luna.

Sólo le falta la espada de fuego para asemejar así, con toda la belleza de la juventud y de la fuerza y entre el flotante desorden de las vestiduras blancas, el arcángel exterminador y violento que en el combate de Bedre luchó al lado de Mahoma, y en los tiempos patriarcales alimentaba la cólera de los profetas centenarios.

—Príncipe, tú puedes ser el elegido del Señor. Los astros lo presagian. Pero siempre tu corazón de león ha de latir en un pecho de virgen. Jamás tu boca se ha de profanar para que sea digna de la verdad y el aliento divino pueda salir de entre tus labios sin mancharse.

¡Que tus ojos mortales no vean más belleza que la de tus sueños! ¡Que tu pie vencedor aplaste siempre a la serpiente y a la mujer que intente detenerlo en su camino! La serpiente es la condenación eterna. Y los muslos y los brazos de la mujer se han hecho para que se enrosque en ellos la serpiente. Los besos nos dejan exhaustos de sangre heroica. Si vas a la Meca en peregrinación, más que a la aridez del desierto y las zarpas de las fieras y a la mortal embriaguez, debes temer al encanto verde y venenoso de los oasis floridos que fingen los demonios para la perdición de los buenos creyentes. Quien se duerme al arrullo de sus aguas, bajo la frescura de sus palmeras, no besará jamás la piedra negra de Kaba, ni sus ojos se abrirán de nuevo a la luz, ni sus oídos escucharán más que los chillidos de los réprobos y el castañetear de dientes de los condenados. Sé puro y serás fuerte... Corazón de león en cuerpo de virgen.

Estremece el silencio un repentino florecer de rosales de cristal.

El cielo se dilata hasta hacerse cóncavo como una copa, para recoger en sus paredes hasta la última vibración musical. Y una voz femenil, desmayada de ardor, canta a lo lejos, acompañada de la guzla, tras los ajimeces calados del mirador de Lindaraxa, una canción de amor, donde todos los leones del deseo abren sus rojas fauces, ávidos de sangre tibia y de carnes virginales.

Sobre el jardín la noche es una
fragante y tibia invitación.
¡Ven a soñar! plata de luna
tiembla en el mármol del balcón.
La brisa, es como el tibio aliento
de un rojo labio sensual.
El surtidor desgrana al viento
sus frescas sartas de cristal.
Amor, reclina con pereza
entre mis senos tu cabeza.
Tiembla el luar sobre tu fez.
Y en sus blancuras pasajeras
son más profundas tus ojeras
y más mortal tu palidez.

II

Vistasas cuadrillas de esclavas, ataviadas con las más ricas telas de Oriente, envueltas en gasas flotantes tan sutiles como el aire, invaden con la alegría de su juventud y de su belleza, la caída galería del patio de los leones. Entre risas y cantares desfilan todas bajo el airoso arco de la Sala de las dos Hermanas, conduciendo en artísticas canastillas de mimbre

las flores más frescas de los jardines del Alcázar y los más sabrosos frutos de la huerta de la vega.

Sobre repujados azafates de plata, el iris de los velos trasparece a la luz, y las joyas más fulgidas relampaguean como un tesoro astral entre la púrpura y la seda turquí de los cincelados cofrecillos persas.

Todas atienden por los más bellos nombres: Noemia, Rahdiá, Sobaida, Bohia, Kethira, Saida, Zahara, Maliha; nombres que expresan en su poética dulzura todo cuanto de gracioso, apacible, risueño, claro, fecundo, florido, y feliz existe sobre la Tierra.

En los cabellos oleosos tintinean zeques; en los tobillos y en los brazos desnudos, fulguran las ajorcas y brazaletes, y en torno de los cuellos gráciles centellean los collares. Y una música de oro acompaña al ritmo de sus pasos sobre el sonoro pavimento de mármol de Macael. A un lado de la estancia se oculta, bajo un soberbio pabellón de damasco carmesí, recamado de perlas y protegido por los blancos pliegues de un suntuoso tapiz de Siria, el estrecho arco del pequeño Alhamie, destinado al reposo de la bella favorita del emir

En los ángulos de la sala se destacan otros cuatro arcos que, en unión de veinticuatro columnas esbeltas y gráciles como palmeras de piedra, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, recubierta de pequeñas cúpulas con fulgidas estrellas de colores, y rodeada de diez y seis ajimeces.

Por las tenues celosías esmaltadas, el incendio solar se filtra en temblorosas ráfagas de luz, dando a la estancia el aspecto fantasmagórico de una gruta de estalactitas sorprendentes, que fingén olas irisadas de un lago de encanto, nubes de encajes e islas transparentes de ágata y madreperlas. Y las frágiles siluetas de las esclavas tejen entre ellas, en un fluctuar alado de gasas y de tules, los misteriosos giros de una danza de hadas.

En pequeños cuadros, formados con tintas y hojarasca, campean, esculpidas, las armas de Alhamar. Un escudo con campo de plata, que atraviesa diagonalmente una banda azul, cuyos extremos sujetan heráldicas bocas de dragón. En la banda resplandece la empresa de los nazaritas, escrita en letras de oro: «Allah galib illa lah.» (Sólo Dios es vencedor.)

Y por todas partes serpean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al gran Emir, repitiendo versículos de las suras koránicas e inspiradas estrofas de los más célebres poetas. Una inscripción dice: «Alabado sea el sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, león de la guerra, defensa de la fe, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala, Mohamet-ben-Jusuf-ben-Nazar-el-Ansan. Ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos.»

En otras refulgen estas sagraas máximas koránicas: «Todo lo que hay en la Tierra pasará. Sólo la casa de Dios permanecerá rodeada de esplendor y de gloria. Los que temen la majestad de Dios tendrán dos jardines. Ambos están ornados de bosques. Y ambos tienen dos fuentes más y dos especies de cada fruto. Los frutos de los jardines estarán al alcance del que quiera cogerlos. Y allí habrá vírgenes de modesta mirada, semejantes al jacinto y al coral, que no fueron tocadas nunca de genio ni de hombre. Descansarán reclinados en alcatifas, cuyos forros serán del brocado más rico... ¡Bendito sea el nombre del Señor, lleno de majestad y de generosidad!»

En algunas se entrelazan estrofas galantes de los genios más preclaros, como esta de Abdala-ben-Xamri, a propósito de la contienda de los collares, famosa en la corte de Abderramán II:

Más el collar avalora
y a sus preciosos jacintos,
la que en esplendor excede
al Sol y a la Luna unidos.
Siempre la mano de Dios
ostenta raros prodigios,
pero como éste, ninguno
humanos ojos han visto.
¡Oh, perla por Dios formada!
Ante tus puros hechizos
juntos el mar y la Tierra
ceden perlas y jacintos.

El diamantino de granar de los surtidores sobre las anchas tazas de jaspe, el sordo y lejano abejar de las brisas entre los arrayanes del patio y el transparente rocío de esencias que desciende goteando de las altas cúpulas, evocan la imagen húmeda y sonora de una tenuísima lluvia de perlas dentro de fabulosa concha de nácar. Con sobrado motivo, el genio de Azhuna llamaba esta mansión de portentos el Alcázar de las Perlas.

Las esclavas desfilan risueñas y ágiles, cargadas de ricos dones, y la luz centellea y borda arabescos policromos en los cabellos, en las túnicas y en las joyas como en un mar cambiante de sedas y de gasas, de púrpura y de oro.

Y allá, en el fondo del arco de la izquierda, se ve, sobrenadando en un difuso crepúsculo de esmeraldas, abierto sobre la fragante primavera de los jardines perennes, y sostenido por sus marmóreos y esbeltos ajimeces, el mirador de Lindaraxa, éxtasis del alma y embriaguez perpetua de los sentidos.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos sueños del Amor y de la Guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora de Oriente.

En esmaltadas medallas refutgen caprichosas inscripciones alabando la belleza de esta estancia.

En una, se le llama «Fuente clara»; en otra, «Mar ondulante». Y, en efecto, el mirador semeja una límpida taza de alabastro, donde chispean las ondas azules de un transparente lago de zafiros, o las olas verdes y cristalinas de un mar sereno, donde los reflejos de las nubes se irisan en relámpagos de amatistas, en fulguraciones de perlas y en incendios de corales.

Por el doble arco central, que se eleva majestuoso entre otros dos más sencillos abiertos a sus costados, fulgura el azul luminoso matinal y el verde sombrío de las copas triangulares de los altos cipreses.

Frente a este divino panorama se extiende un amplio diván de raso turquí bordado de oro y perlas, donde reclinada perezosamente sobre blancos cojines, reposa Leila Hassana, la bella favorita del magnífico, animoso y prudente Muhamed II.

En torno de ella, grupos de esclavas de diversos países se afanan por servirla.

Virgenes nubias pulsán arpas de ébano, y el negror de las arpas es menos fulgente que el de sus miembros desnudos.

Rubias cristianas tañen melodiosas guzlas de cedro y palosanto.
Voluptuosas almeas se desmayan en los lúbricos giros de la danza morisca.

Egipcias de piel de bronce y grandes pupilas de gacela, cantan con extenuante dulzura las lindas estrofas que el poeta Taglebi, famoso en Córdoba, en la corte de los últimos Omeyas, improvisara ante el manojó de frescas rosas, que en limpido vaso de cristal, purpúreo por el color de las flores, le ofreció un campesino en los feraces alrededores de Bagdad:

La rosa ocupa su trono,
pues su imperio nunca acaba...
Todas las flores son tropas
y la rosa es la Sultana.

Otras esclavas, doncellas sirias y griegas, árabes y hebreas, le presentan canastillas colmadas de flores, cestas desbordantes de frutas, las leves gasas en que ha de envolverse al salir del baño, los óleos fragantes que un girán sus cabellos, y las fastuosas tocas, y las espléndidas alhajas con que se ha de ataviar para presentarse ante los ojos celosos y amantes del Emir.

Y todas se disputan el honor de arrancarle la primera sonrisa.

La sultana, indiferente a tales homenajes, continúa inmóvil, cerrados los párpados, cruzadas las manos sobre el pecho, como si respirase aún el perfume vaporoso de las adormideras del último sueño.

Sella su frente la blanca palidez de los mármoles pulidos por la Luna.

Las mejillas son huertos floridos de auroras; los senos, nidos de torcaces impacientes, los labios, granadas recién abiertas que gotean mieles y bálsamos, y los ojos, grandes y profundos como noches tenebrosas, relampagueantes de insaciables deseos.

Su piel tiene ese tono dorado y cálido de los dátiles que maduraron al sol, y sus cabellos, largos y ondulantes, el negror agórero que azulea en las alas del cuervo.

Y todos sus miembros, potentes y tersos como un arco de combate, recuerdan la ágil elasticidad, la gracia móvil y terrible de las fieras más bellas del desierto.

En torno de su frente se desangra una diadema de rubíes, y alrededor del cuello se enrosca, como en el árbol del Paraíso, una serpiente de piedra.

Los pliegues de su traje, vaporoso y purpúreo, son como llamas, como lenguas de fuego que la acarician, dejando trasparecer a veces la mortal fascinación de sus carnes desnudas.

Los brazaletes que ciñen sus brazos y las ajorcas que agobian sus tobillos, acompañan sus más leves movimientos con una tintineante música de oro.

El calor empieza a ser sofocante. Asciede de los jardines un vaho cálido y pesado de labios febriles que se besan hasta desfallecer; un perfume intenso y penetrante de cálices que se deshojan lentamente, tostados por el sol.

A lo lejos, trasponiendo los divinos pensiles del Alcázar, con sus torres

bermejas, con sus minaretes resplandecientes de azulejos y sus azoteas floridas, flota Granada como el sueño de una ciudad fantástica nadando en un océano de olas escarlata y playas de nácares.

Se oyen lejanos relinchos de corceles, chocar de arneses y estrépito de atambores y añafiles. Son los jinetes de la guardia real que suben a la Alhambra, bajo túneles de verdura, entre el frescor de las fuentes y el estremecimiento de las frondas agobiadas de nidos.

Y ligeras nubes de polvo humean el azul, nublan el sol y proyectan fugitivas sombras en el rígido verdor de los cipreses.

De súbito, Leila Hassana entreabre los párpados. Su mirada vaga largo tiempo, acariciante y somnolienta, en torno de cuanto la rodea, y se detiene bruscamente en los pebeteros, cuyas copas florecen como lirios de oro, sobre tripodes de bronce en los ángulos de la estancia.

—¿Dónde están las esclavas encargadas del incienso y de la mirra? ¡Que traigan pastillas de ámbar y de áloe, de sándalo y de benjuí, para disipar este ambiente sofocante y pesado!

Su voz es tan dulce, que podría ser acompañada por las arpas de oro de los arcángeles.

Las esclavas se apresuran a complimentar sus indicaciones. Manos expertas extraen del fondo de preciosas cajas de madera aromática, con mosaicos de marfil, las más ricas esencias de Oriente, y las derraman sobre la brasa viva de los pebeteros.

Una nube tenue y azulada, como esos vapores que a los primeros rayos del Sol se elevan de los cauces umbrosos de los ríos y de las riberas de los lagos, envuelve lentamente, en un flotante sortilegio de bruma, la luminosa paz del aposento.

Y a través del humo, las figuras aparecen indecisas y trémulas, como nadando en las neblinas de un sueño maravilloso y matinal.

La sultana permanece absorta, en una inmovilidad grávida de éxtasis, arrullada por las músicas y los cánticos, y aspirando por todos los poros de su cuerpo la acritud embriagante de los perfumes que en serpientes de humo se escapan, persiguiéndose y enroscándose, hinchándose y deshaciéndose, de los áureos pebeteros.

Sobeya, la esclava predilecta, se arrodilla a sus pies, y cogiéndole en una humilde caricia las manos agobiadas de anillos, suspira con una dulzura casi maternal:

—¿En qué piensa la perla de Granada, la rosa de Andalucía? ¿Por qué los soles de tus ojos nos niegan sus rayos y ni las notas del arpa, ni el relampaguear de las joyas, ni la fragancia de las flores, ni los cantos de las esclavas logran arrancarte, cual otras veces, una sonrisa de satisfacción? Habla, ¡oh, sultana! y tus siervas, con sus largos abanicos de pavo real, con las más dulces melodías, con los tulipanes más bellos de Oriente, ahuyentarán tus nostalgias. ¿Quieres que distraigan tu somnolencia las más complicadas y lascivas danzas de Armenia? ¿Deseas escuchar los relatos maravillosos que encantaron al kalifa Hairun-el Rasxid, en sus pensiles de Bagdad? Habla, y la dulzura de nuestras voces, acordes a los sonos de los instrumentos más armoniosos, te irá relatando, uno a uno, todos los fabulosos cuentos que libraron la vida de Scherezada...

—¡Oh, Sobeya, mi esclava favorita, nada existe en el mundo que pueda borrar de mi imaginación los recuerdos del sueño que aun me enajena—mur-

mura Leila Hassana, dejando caer las palabras como las perlas de un collar que se rompe, como las temblorosas notas de una gaita muzárabe.

Las esclavas enmudecen y, agrupadas a su alrededor, se inclinan para respirar mejor el aliento musical de sus labios.

—Cuando la claridad azul del alba brilló en los muros calados de mi alhamie y empezaron a dibujarse las inscripciones de oro que le adornan, salté del lecho, a buscar en el patio de los Arrayanes un poco de reposo para mi alma, poseída aun por los espíritus de la Noche.

Mis manos, ardientes de fiebre, se sumergieron en las frescas aguas del estanque, para cumplir las abluciones matinales.

En el fúlgido espejo enmarcado de verdes arrayanes perlados de rocío, palpitaba en trémulas ráfagas el éncanto misterioso del patio, con sus columnas prodigiosas, con sus cúpulas resplandecientes de estrellas de oro y sus muros rutilantes de espumas multicolores. Y las aletas de los peces, al girar ondulantes, iluminaban estas fantásticas visiones con fugitivos relámpagos de púrpura.

Una aurora más bella, más amplia y más rutilante, parecía florecer en el fondo de la piscina, difundiendo en las aguas una rosada claridad de nácares.

Pero ni la frescura del agua, ni la belleza sobrenatural del patio, ni los gorjeos de las golondrinas posadas en los azulejos de las cornisas, ni tanta claridad, ni tantos perfumes como venían en la brisa pudieron disipar en mi alma las últimas sombras de la noche.

En el mirab de la Mezquita, tras las caladas celosías, asistí como de costumbre a la Azala Azohbí, la más dulce de las oraciones. Y aunque mis ojos se alzaron al Oriente, aunque mis labios dejaban escapar maquinalmente los divinos versículos de las suras del Profeta, mi alma permanecía alejada de mi cuerpo, hundida en un mar de delicias inefables, como flotando en los últimos girones de las neblinas matinales, entre la Tierra y el Cielo.

Después, me dirigí a este esbelto mirador, ávida de reposo. Mas todo fué inútil.

Ni vuestras músicas, ni vuestros cantares, ni el resplandor de esos tesoros de joyas, ni la fragancia de esas flores, ni la contemplación de esos divinos panoramas han podido borrar de mi memoria los recuerdos de mi maravilloso ensueño. Dormía envuelta en mi túnica de lino, sobre almohadones de Damasco, bajo pabellones de púrpura, en el misterioso alhamie que el emir de los creyentes destina a su esposa favorita.

Mi cuerpo era como una de esas raras flores de los ríos sagrados de la India que flotan abiertas a la Luna sobre la plata ondulante de las aguas.

Bogaba en un mar de delicias inenarrables.

En el aire, en el agua, en todo se abrían labios voraces para besarme, hasta dejar exhausto mi cuerpo en una muerte de suaves languideces. Y la corriente me arrastraba en un balanceo de seda, a lo largo de florestas encantadas sobre ciudades fabulosas, hundidas bajo las aguas, con sus cúpulas de coral y sus minaretes de topacios, y todas las estrellas, con sus ojos de esmeraldas, se asomaban al azul del cielo para verme pasar envuelta en velos de plata viva, como dormida sobre un áureo canastillo de flores de espuma.

De pronto, un eco indescriptible, como escapado de un arpa celestial, pasó zumbando el aire, como esos abejorros de oro que rozan con sus alas ligeras nuestra frente presagiándonos la felicidad.

Y se sucedieron las notas con un batir de alas que escapan hacia un rayo de luna; y brotaron las cadencias, acariciantes y fugitivas, como los dedos de los arcángeles entre los cabellos de los santos.

Y bajo el enjambre sonoro, mi cuerpo entero fué como una armonía intraducible, no escuchada jamás por oídos mortales. A sus compases, se fueron abriendo ante mis ojos las puertas de oro de alcázares encantados, de ciudades sepultadas, de subterráneos tesoros, como si en torno mío girasen armoniosamente todas las maravillas del mundo.

La música se extendía con la fugacidad de esos perfumes que aventan las brisas al deshojar los huertos del otoño.

Y me encontré de repente en un jardín como jamás soñaron los poetas.

El suelo estaba enarenado con polvo de diamantes, con aljófares de astros, y al roce de mis sandalias vibraba como la caja sonora de un instrumento bien templado.

Los árboles eran de oro, las hojas esmeraldas y los frutos de rubíes, de jacintos, de amatistas, de otras gemas de colores y tamaños nunca vistos.

Flores maravillosas se abrían como llamas, como círculos de resplandores; y el plumaje de las aves relampagueaba con todos los matices del iris.

Las fuentes eran de ágata de topacios y de ámbar. los surtidores de perlas y las corrientes de plata viva. Y los árboles, las flores, los pájaros, las brisas y las fuentes hablaban un idioma inexpresable, más dulce que el son de las citaras.

Senti rumor de pasos precipitados, y mis ojos cegaron como ante una aparición divina.

Un arcángel, el Arcángel de la Venganza, el mismo que, cabalgando en la yegua Haizun, armado con su casco de fuego y su alfange de llamas, combatió al frente de una legión de querubes, al lado del Profeta, salió a mi encuentro y me estrechó entre sus brazos.

Y sus manos, temblorosas de deseo, como las de un novio, me condujeron a un templete resplandeciente que se alzaba a la sombra de un gran bosque de palmeras de oro.

Los muros eran de calada malaquita, con cenefas de granates y arabescos de turquesas y piedras de luna. La bóveda estaba formada de un solo zafiro incrustado de estrellas de diamantes, que giraba y se curvaba como un cielo. El lecho era del coral más sangriento y las colchas de púrpura llamante.

Senti en toda mi carne la palpitación de unos labios de fuego, y un beso lento y largo como una eternidad me fué absorbiendo vorazmente hasta dejar vacío mi cuerpo, sin sangre y sin alma. Y en las alas violentas de un amor imposible, volamos abrazados, como sobre el roc de los viejos cuentos de Yemen, en un vértigo inconcebible, envueltos en torbellinos de luz o bajo pabellones de tinieblas, sobre desiertos y ciudades, rozando los flecos de oro de las estrellas, y sintiendo a veces salpicar nuestros flancos de salobre espuma de los mares hambrientos.

Nos transmitimos nuestras más íntimas ideas, todo eso que no puede decirse, porque es tan grande o tan sutil que no encuentre palabra que lo exprese, con una mirada voraz, con una sonrisa extática, con un beso absorbente.

Fundidos en uno solo, vagamos, vagamos infatigables y ágiles como los genios del aire, hasta que un viento huracanado nos arrojó como naufragos

a una playa encharcada de sangre, donde las cabezas trucas de los degollados se abrían en muecas de espanto, como cárdenos lirios flotantes en las aguas.

Abrió los ojos temblando de espanto.

En los cristales de la alberca miré, con los cabellos erizados aun de pavor, mi rostro pálido como el de esas enfermas que adolecen del mal del cielo y mueren sin que nadie conozca las causas de su enfermedad.

Jamás podré olvidar el sueño de esta noche. Llevo dentro de mis pupilas los negros y fieros ojos del Arcángel.

Al recuerdo de sus besos hierva la sangre en las venas, y mis entrañas se abren como las tierras próligas al recibir la fecundidad caudalosa de los ríos desbordados. ¡He sentido dilatarse en mí todas las felicidades del Cielo y de la Tierra!

La voz se hincha en un suspiro, y de nuevo desfallece. Leila Hassana sobre los almohadones del diván.

Las esclavas, silenciosas, la rodean.

Los instrumentos músicos duermen en sus cajas de marfil y ébano.

Las joyas rutilan en los estuches cincelados y algunas rosas se van deshojando lentamente, dentro de las canastillas de mimbre.

Se oye el zumbido sordo y tenaz de una abeja en torno de los cálices abiertos.

De pronto desgarran el silencio el metálico clamor de una trompa de guerra.

Pasa un rápido estruendo de armas y corceles bejo el calado mirador. Y los atambores y los añafles atruenan triunfalmente en la plaza de la Armería, en los patios del Alcázar y a lo largo de todas las torres almenadas de La Alhambra.

—¿Qué pasa?—murmura bruscamente la sultana, incorporándose en el lecho.

Las esclavas se asoman a los ajimeces:

—Son los correos que traen noticias de la guerra...

—Van tendidos como flechas, sobre sus corceles sudorosos, gritando: ¡Victoria! Y tras ellos galopan algunos caballeros armados.

La atlética figura del jefe de los eunucos aparece en el umbral, e inclinándose reverentemente, murmura con voz sonora:

—El magnánimo y poderoso emir de los creyentes, Muhamad-ben-Alhamar, se digna visitar a la perla de su harem, a la esposa favorita de su corazón. Sus propios labios desean comunicarte la gran victoria que alcanzaron contra los infieles nuestras huestes acaudilladas por el príncipe Abderramán-el-Omeya.

Las esclavas se colocan presurosas en sus puestos.

Las guzlas y las arpas vuelven a gemir; una voz de ternura y de desfallecimiento entona una vieja canción de amor.

Y Leila Hassana ensaya la más graciosa de las sonrisas al ver aparecer en el umbral, rodeado de sus guardias y alcatifes, al gran emir, envuelto en su sayo negro y con la toca verde entrelazada con gruesos hilos de perlas que ornó siempre la noble frente de los hijos de Hegiaz.

Y a través del humo azuloso de los pebeteros, se ve todo como soñando en los cristales de un lago encantado.

Ha terminado la oración del alba. Granada, la Damasco de España, metrópoli de todas las ciudades de Occidente, emporio de traficantes, madre pródiga de artistas y de guerreros, se incorpora perezosamente al pie de las verdes colinas, como sensual odalisca que despierta sobre rica alcatifa bordada con todos los matices de la primavera.

Los primeros rayos del Sol, al reflejarse en las perennes blancuras de la Montaña de la Nieve, arrojan vivos relámpagos de púrpura sobre las negras cresterías de Sierra Elvira, haciendo resplandecer los torreones bermejos del doble cinturón de fortificaciones que ciñe la ciudad.

Las almenadas torres de la Alhambra se recortan nítidamente en el aire sereno, como si surgiesen del fondo ondulante de un mar de esmeraldas.

Las últimas neblinas se esfuman en los manchones verdes de los cármenes y el oro flúido del sol centellea en la fugitiva pedrería del Dauro y en los joyeles de las innumerables fuentes, recatadas a la sombra de los arbustos floridos!

Desde los esbeltos minaretes de las Cien Mezquitas, resplandecientes de azulejos, la voz jubilosa de los mezzines desciende sobre la ciudad, congregando a los fieles, en el nombre de Allah clemente y misericordioso, a recibir a las huestes que, al mando del príncipe Abderramán, regresan vencedoras de las armas cristianas.

Las azóteas se pueblan de gentes cuyos ojos avizores escudriñan las atalayas de la vega.

En todas las calles desemboca, como el agitado oleaje de un río desbordado, una abigarrada muchedumbre. Desciende por las estrechas callejuelas, desde el alcázar regio, desde la casa de la Moneda, desde los mil palacios nobles que, rodeados de jardines, coronan el Albaicín, inundando la mañana con la alegría frenética de sus gritos. Se precipita, desbordante de fausto, por todos los senderos umbrosos de la Alhambra. Se encrespa en una onda multicolor de turbantes y de alquiceles tendidos al viento, en torno de la puerta de Bib-Aujar, para desplomarse torrencialmente a lo largo de la cuesta de los Gomeles, en un relampaguear perpetuo de joyas y de armas bruñidas de sol.

El paso de la multitud hace retemblar los gigantescos puentes tendidos sobre el Dauro.

De toda la ciudad convergen nuevas oleadas de cabezas.

La alcazaba Cidid arroja sus laboriosos barrios de tejedores y mercaderes.

La estrecha Cadima deja escapar su negra colmena de infatigables hebreos, y hasta el Muror y la Antequeruela concurren también con sus humildes habitantes.

La muchedumbre forma un remanso córuscante y ensordecedor en la plaza de Bib-Rambla, y se desborda por las callejuelas de Zacatín y de la Alcaicería, buscando las puertas de la Vega. Y este mar humano invade toda la ciudad, se arremolina en torno de las plazas, asalta todas las vías en un frenesí de gritos y canciones.

Bajo la gloria del Sol, bajo el celeste resplandor de los cielos flotan los amplios alquiceles de los esclavos africanos; relucen los bronceados bustos de los guerreros etíopes; sudan luz las pieles lustrosas de los potros cordobeses; relampaguean las adargas, las picas y los cascos bruñidos; fulguran los puños de los corvos alfanjes; se irisan los topacios que recaman los altos bonetes, y arde la púrpura y llamea el oro de los ricos vestidos de los pajes. |

Y todo parece multiplicar la claridad del día, la luz, en un apoteosis mágica de colores y de tonos.

De los jardines floridos, de los cármenes rebosantes de cálices y de los patios olorosos a ámbar, a mirra, a nardo, a todos los más acres y pesados perfumes de Oriente, se escapa un vapor cálido y perfumado de lujuria estival.

Se mezclan y confunden en un mismo triunfo de júbilo todas las tribus que pueblan la ciudad.

Los finos almaizales que velan el rostro de las damas, brillantes y transparentes como encajes de cristal, rozan las túnicas de lino y los blancos turbantes de los hijos del trabajo.

Tras las celosías, engalanadas de flores y de cintas, relampaguean los ojos curiosos de las odaliscas.

Grupos de bayaderas, bajo el arco lleno de alicatados, con esmaltes y cifras de azul y de oro, de alguna plaza, arquean sus torneados brazos, balanceando las potentes caderas, mientras los pies desnudos ríman ágilmente sobre el mosaico del pavimento los voluptuosos giros de las danzas moriscas.

Ancianos de luengas barbas blancas y mugrientas tocas raídas entretienen la impaciencia del público con juegos de cubiletes o rasgueando destempladas guitarras.

Entre la estupefacción de los chiquillos, se engullen largas tiras de estopa ardiendo, o cantan viejas historias guerreras, en las que el nombre de Almanzor campea con las más gloriosas alabanzas.

Domadores de serpientes, sentados sobre sus sucias alfombrillas de pita, fosforescentes los ojos, crispadas y convulsas las manos, ofrecen sus lenguas rojas al mortal aguijón, y los áspides se balancean de ellas, rítmicamente, a los somnolientos compases de los tambores y de las flautas berberiscas. Callejeros astrólogos hebraicos predicen el porvenir a cambio de algunas miserables monedas. Apuestos mancebos hacen caracolear sus ágiles corceles, enjaezados con sedas, flecos, borlones y alharacas multicolores, bajo las celosías de sus damas. Y cuadrillas de alegres mozos y desenvueltas doncellas pululan por todas partes, tañendo guzlas y entonando amorosas canciones. Y todos, en avalanchas de color, se dirigen hacia la Vega, como si las ochenta mil casas de Granada arrojasen de su seno, en una embriaguez oriental de pompa o de alegría, su medio millón de habitantes.

También el Zacatín, emporio de las glorias y de las grandezas de Granada, se siente poseído de esta fiebre de movimiento y de entusiasmo.

Desde la puerta de Bib-Rambla, cantada por los poetas como teatro de

cien fiestas, de corridas de toros, juegos de sortijas, carreras de caballos y amorosos galanteos, hasta la cancela labrada de la Alcaicería, se ve invadido por las oleadas de la muchedumbre, que distrae su impaciencia contemplando las riquezas infinitas acumuladas en los muestrarios de los bazares.

A un lado, los más hábiles joyeros ofrecen alhajas de oro y plata de tan fina labor, que se dirían tejidas con rayos de sol y reflejos de luna, retorcidos brazaletes de esmeraldas y rubíes, y diademas de topacios y de ópalos, collares de perlas y diamantes, joyeles de amatistas y de zafiros.

Expertos cinceladores muestran suntuosas lámparas de alabastro, búcaros y jarrones esmaltados prodigiosamente y pebeteros donde el sutilísimo buril dejó grabadas flores de loto enroscándose en troncos de palmeras, ramas de cedro meciéndose sobre lagos serenos,

Los forjadores de armas enseñan corvos alfanjes damasquinados, largas cimitarras, cotas de malla tan ligeras como impenetrables, jacerinas y broqueles. Los relojeros exhiben relojes de arena y clepsidras, donde el tiempo se desgrana gota a gota.

Los tejedores cuelgan riquísimos tapices, fastuosas alcatifas, cojines de brocado, hermosos pabellones de lino, imitando en sus dibujos todos los prodigiosos mosaicos de las telas indias.

Al otro lado, en otros bazares, se ven largos tubos cilíndricos por donde el astrólogo percibe los más tenues movimientos de los astros; preciosas brújulas, más gratas al navegante que el fulgor de una estrella en noche borrascosa; ligerísimas hojas de papel de hilo, de seda y de algodón y curiosos manuscritos de ciencias y de artes, y extraños instrumentos de física y alquímicas, retortas y sopletes, astrolabios y tablas geométricas y hierbas de la Sierra de la Nieve que curan todos los males.

Influencia de sedas y de alfombras, encajes, pieles y finísimas esteras de pita y de cáñamo, todo producto de la vega granadina, trabajado en la ciudad de las mil torres, todo salido de la fábrica de tapices del Albaicín, de los talleres de la Alcazaba, de los talleres de curtidos del arco de Bib-Elvira. En el bazar de Mahomed-ben-Hassan, el más famoso mercader de la Alcaicería, un numeroso grupo de hombres comentan en diversos idiomas los sucesos del día, la entrada triunfal de Abderramán, el júbilo del emir y la futura prosperidad de Granada. Son joyeros, navegantes, cinceladores y ebanistas, judíos, genoveses, castellanos, provenzales, turcos, persas y egipcios. Muchedumbre reunida un día en la ciudad común, en la opulenta y comercial Granada, para hacer acopio de sus mercancías y dispersarse mañana, como la hoja del árbol al impetu del huracán, en caravanas, ya por las abrasadas regiones del Africa, ya por las populosas ciudades asiáticas o por los pueblos bárbaros de Europa.

--¿Qué nación podrá competir con la perla del Occidente?-- exclama Mahomed, acallando con su voz enérgica y sonora la gárrula algarabía de las voces extranjeras-- Granada tiene mil torres que la vigilan, y en cada torre un hombre que la guarda. Es inexpugnable como un castillo custodiado por genios buenos. Sin embargo, sus puertas están abiertas para todos y su hospitalidad no tiene límites. Dile tú sino, Abraham.

Tus compatriotas viven, bajo sus muros, más libres que en las comarcas de Palestina. Tú lo sabes también. Pero Nuño, mientras que en Córdoba, Sevilla y en Toledo, los fieles creyentes que no tuvieron el valor de abandonar sus hogares para venirse a tierras del Islám, sufren los más afrentosos

vejámenes por parte de los reyes de Castilla, en Granada se os abren las puertas, se os remunera generosamente vuestro trabajo y hasta se invita a vuestros caballeros a quebrar cañas y a romper lanzas con los más nobles hijos del Profeta, en las justas y torneos que se celebran en Bib-Rambla.

Nuestra riqueza solo se puede comparar a nuestra liberalidad. Tendrá Cachemir, sedas; Goleonda, diamantes; Ormuz, perlas. Podrá envanecerse el genovés con sus bajeles, el turco con sus perfumes, el castellano con sus catedrales, el provenzal con sus artistas; pero en Granada se encuentra todo. En ella se acaparan los productos de todas las ciudades. En Málaga y Almería, en Algeciras y en Adra, anclan los navíos de los pueblos más remotos cargados de los más variados productos de la Tierra, y se dan de nuevo al mar, llenos hasta la escotilla, de las más envidiables mercancías. La vega produce todos los frutos necesarios para la salud del cuerpo y la embriaguez de los sentidos. La Sierra de la Nieve oculta tanto oro en sus entrañas, que se desborda para servir de arena a nuestros ríos. Las canteras griegas nos produjeron mármoles y alabastros tan puros y tersos como los de Sierra Elvira y Macaei.

Jamás el Sol iluminó tierras más fértiles desde cielos más bellos.

Alfombras sirias, tapices persas, telas indias, metales preciosos, aborran inagotablemente nuestras extensas fábricas y nuestras profundas minas. Tenemos alcázares que envidian Bagdad y Damasco; observatorios que tallarán el cielo con sus altivos minaretes; incomparables academias donde se guarda, como un fuego sagrado, la sabiduría de los pueblos antiguos; bazares espléndidos donde podemos ofrecer al mundo entero cuanto pueda soñar la más lucida imaginación.

Os hemos dado la brújula para que podáis surcar los mares. Hemos creado el papel para que la idea perdure y no sea solo ráfaga de aire que pasa sin dejar huella. Tenemos poetas que cantan nuestras glorias; sabios que las aumentan; guerreros que las defienden y alarifes que nos traen a la Tierra todas las hermosuras del Paraíso.

La multitud continúa pasando, en un desfile ondulante de banderas y gallardetes, en una marea ensordecedora de gritos y canciones. Se empuja, se atropella para traspasar el arco de la Puerta Elvira. Asalta los arrabales, invade las huertas, trepa por los árboles, se arracima en los vallados y en los setos de los caminos de la Vega.

Las brisas están cargadas de perfumes y de frescuras que ascienden de los huertos floridos; de los habanos en flor, de los bosques de limoueros y naranjos, que nievan el suelo de azahar; de las acequias límpidas y joyantes, que se deslizan entre hiedras y violetas, de las mil fuentes borboteantes por sus caños de bronce en los recodos de los caminos.

De Granada se escapan ráfagas acariciantes de aromas y de humedades que enervan la mañana ebria de sol y de azul.

La Vega también se desmaya de voluptuosidad, invadida por el tumulto de tantas voces, por el torbellino de tantos colores violentos.

Las azoteas de los molinos, albeantes, entre las alamedas del Genil; los minaretes de las mil academias, cercadas de frondosos jardines; los miradores de los cármenes, todo se desborda de gente. Y por todas partes, a lo largo de los paseos de cipreses, en el centro de los quioscos esmaltados, en medio de los patios umbrosos, los penachos de los surtidores se elevan, rotos y brillantes, al sol, por cima de las azoteas y tejados, sobre las copas de

los más altos árboles, para caer deshechos en amplios abanicos de perlas finísimas, como lluvia de rocío, o formando arcos de chispeante pedrería.

Por los caminos, bajo túneles de verdura, por los olivares, desembocan, entre nubes de polvo y un estruendo de campanillas y trallazos, los moradores de los mil lugares de la vega, que vienen también a compartir el júbilo de los granadinos, jinetes en enjaezadas mulas de labranza, en pacíficos asnos con gualdrapas de colores chillones, entre un tropel de chiquillos que corretea vociferando.

Y la gente se saluda desde lejos, llamándose por sus nombres, y las bendiciones de Dios descienden sobre aquel mar de cabezas multicolores y pululantes.

De pronto, un grito formidable estalla en la cima de un altozano cubierto de algarrobos; serpentea por todos los caminos; atruena en Puerta Elvira; se extiende en un vocerío delirante a lo largo de todas las calles; se eleva en gritos estentóreos de las plazas, y a través de los puentes tendidos sobre el Dauro asciende por los mil laberintos frondosos hasta la cumbre de la Alhambra; y un brusco redoble de tambores anuncia al gran Emir, que, rodeado de su corte espera impaciente, en el Salón de Embajadores, la llegada de las tropas victoriosas.

Por el ancho camino real avanza rápidamente una inmensa nube de polvo, proyectando sobre los árboles y sobre los sembrados las rápidas y móviles sombras de un vuelo.

Se va aclarando poco a poco, parece abrirse y el oro del Sol dardea, por fin, en el acero de las armas y en el metal de los escudos.

Un trueno de corceles, de chocar de armas se aproxima. Son los Zeneles, los más ágiles jinetes de Granada. Vienen hasta cuatrocientos, galopando en sus caballos, engualdrapados de verde, con grandes borlones de plata que casi rozan el suelo, tendidos sobre las crines flotantes, embrazando sus largos escudos de oro, blandiendo sus enormes lanzas de combate.

Galopan, galopan vertiginosamente, y los gritos agudos y el hierro de las espuelas sangrando en los ijares, azuzan los caballos.

La multitud los aplaude, les arroja flores, y cintas, y palomas; se aparta a su paso atropelladamente, reculando contra las paredes, casi embutiéndose en los quicios de las puertas, trepando por los hierros de las ventanas. Y el tropel de jinetes, flotantes los blancos alquiceles, ondeando los largos penachos, se pierden al galope por las calles. Y bajo el rítmico martilleo de los cascos saltan rotas las piedras, despidiendo chispas de fuego.

Después son los Comeles, más lucidos, más numerosos, galopando también en los más bellos caballos de los campos de Córdoba. Y luego los Abencerrajes, bellos y fieros como los Angeles del Señor en la hora de las grandes venganzas. Y los Zegries, y los Venegas, los Muzas, los Almohades y los Almoravides, toda la nobleza del Islam, desfilan gallardamente, tremolando al aire enseñas victoriosas bordadas de motes, entre un chocar metálico de armas, de arneses y de estribos, entre relámpagos de oro y pedrería; en un torbellino violento de colores brillantes, de crines desparramadas, de pieles lustrosas

El blanco, el verde, el bermejo, triunfan en esta carrera vertiginosa.

Atraviesan la ciudad. Bajo las rápidas herraduras, retiemblan los puentes del Dauro. Se precipitan bajo el arco de Bib-Aujar y ascienden y se pierden por las cuestas de la Alhambra, como una avalancha de oro, de nie-

ve y de sangre, estremeciendo las bóvedas de verdura, deshojando las flores, desgajando las ramas, ahuyentando los pájaros y levantando hasta el sol, jirones de nubes polvorientas.

Los añafiles y los atambores dejan oír, por fin, sus notas guerreras. Y solo, seguido de cerca por compactas filas de pajes y escuderos, se destaca en un recodo del camino, jinete en un piafante potro morcillo, la soberbia figura de Abderramán.

Todos los brazos se elevan a los cielos; los jaiques y los alquiceles flotan en lo alto y una explosión de vítores estalla, hasta enronquecer las voces.

Las gentes avanzan, le rodean, se aprietan en torno suyo, se postran de rodillas para besar la fina seda de su manto blanco. El príncipe tiene que hacer esfuerzos inauditos para refrenar la nerviosa impaciencia del caballo, que avanza, caracoleando, entre aquel mar rugiente de aclamaciones. La guadrupa, de seda verde, barre con sus largos borlones de oro el polvo del camino. Está salpicada de sangre; y en los flecos de seda carmesí del remate, los topacios y los criso-birilos, fulgulan como leonadas pupilas de pantera. Avanza sonriente; la diestra entre las riendas y la mano izquierda apoyada sobre el puño de pedrería de su largo alfanje damasquino envuelto en la blancura de su alquicel, ciñendo el verde turbante, recamado de oro y perlas, de los descendientes del Profeta.

Las celosías se descorren a su paso, y tras ellas los ojos arden de deseo, y los labios femeninos florecen en los claveles de las más incitantes sonrisas.

Desde las azoteas, desde los miradores, de todas partes derraman lluvias de esencias y pétalos de flores; arrojan naranjas de color de grana y limones como el oro, pastillas de ámbar y largas cintas de sedas multicolores.

Tras él, precedidos de dos heraldos en cuyos petos fulgulan, bordadas en oro, las armas de Granada, veinticuatro pajes, vestidos de púrpura, conducen en grandes azafates de plata, las llaves de las ciudades y de las villas arrancadas al poder de los cristianos. Cincuenta escuderos portan las espadas y los cascos de los alcaides rendidos. Detrás, custodiados por las lanzas de atezados guerreros alpujarreños, jinetes en salvajes corceles de desgredadas crines, van los cautivos con las cabezas curvadas sobre el pecho. Algunos chorrean sangre de las recientes heridas, y son tantos, que, ligados por sus cadenas, podrían rodear, en doble fila, el espacioso recinto de la ciudad.

Tras ellos, centenares de mulas se derrengan bajo el peso de fuertes arcones henchidos de joyas, de vasos sagrados, de diademas de santos, de oro y plata, de todo el magnífico botín obtenido en la gloriosa jornada.

Y por último, cerrando la marcha, los guerreros etíopes, la caballería berberisca, los peones armados de hondas y de picas y los esclavos, cargados de cascos y de escudos.

Abderramán penetra en la Alambra. Asciende por el amplio camino de la puerta de la Justicia. Desde los Adarves llueven flores sobre su caballo.

Los guerreros, desparramados a lo largo de los senderos, le saludan, chocando sus armas sobre los escudos. En la ancha plaza de los Algibes, toda resplandeciente de lanzas, un alarido formidable anuncia su llegada. La guardia negra del Alcázar inclina la cabeza y toca con las alabardas el suelo.

Sata del corcel, que un paje retiene por las bridas, y seguido de sus escuderos penetra en el palacio.

Las músicas dejan oír sus más alegres sonos.

Atraviesa el patio de la Alberca y sube al Salón de Embajadores.

Un gran silencio expectante domina en la sala, donde los pebeteros y la lluvia tenuísima de esencias que emanan de las altas bóvedas de cedro esmaltadas de plata, oro y azul, atemperan el ambiente y la violencia de los colores con que juega la luz en los encajes y en los alicatados.

Abderramán se aproxima al trono, e inclinándose hasta tocar el suelo con las manos, murmura:

— ¡Grande y poderoso Comendador de los creyentes, la bendición del Señor sea contigo! Las llaves de veinticuatro villas y ciudades tomadas a los cristianos están ante tus pies, y con ellas los alcaldes que las gobernaban.

Más de mil mulas jadean bajo el peso del botín, y treinta millares de cautivos se prosternan a tus plantas. El más humilde príncipe de tu sangre entrega estas mercedes que Allah te ha concedido para bien de tu Imperio.

El Emir se levanta y atrayéndole contra su corazón, murmura:

— Píde cuanto desees. Mi magnificencia sabrá recompensarte. Pídemela más bella de mis hijas, la más rica de mis ciudades, todos los tesoros ocultos que desde Alhamar custodiamos...

— Señor, solo pido tu venia para volver a guerrear. Mi lealtad no necesita más premio que el de tus brazos.

Un murmullo de aprobación zumba en la sala hormigueante de guerreros.

Todas las manos acarician la empuñadura de los alfanjes.

Sólo Leila Hassana permanece inmóvil, con los ojos fijos en las negras pupilas y en el fiero talante del príncipe que, rodeado de guerreros, semeja el bello Arcángel de las Venganzas, ese arcángel exterminador y violento que enciende la cólera de los viejos profetas.

Y no pudiendo resistir la fascinación de aquella figura que adora en sueños, cae desmayada en brazos de las siervas.

El Emir sonríe a Abderramán, mientras su mano imperiosa, de una belleza toda hecha de crueldad y de palidez, acaricia suavemente la fatídica negrura de su barba.

IV

Aquella misma noche, un esclavo nubio cercenó de un golpe de yatagán la heroica cabeza del joven príncipe, y en un suntuoso azafate de plata repujada fué a ofrecérsela, sangrando aún, a Leila Hassana, cual rico presente de su señor, el muy noble y magnánimo emir Muhamed II.

Francisco Villalpando

ZARZUELAS

1. Charito la Samaritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marca de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Ene».-85. La balsa de aceite.-90. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-133. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Niñón.-181. Los pendientes de la Tiriti.-162. Pancho Virondo.-165. La boda de Cayetana.-166. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El título del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176. La suerte de Selustiano.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-205. El As.-104. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte).-235. Don Lucas del Cigarraí.-236. El Príncipe Carnaval.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar

(*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

Suaviza el cutis

Lo mejor para fricción.

Alcoholera. — Carmen, 10

A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros. Usad enseguida el agua **La Flor de Oro** y evitaréis las canas, la caída y la caída del cabello, conservándolo abundante y hermoso como en la edad juvenil — Se vende en perfumerías y droguerías.



PRENSA POPULAR ha puesto a la venta las célebres obras de

La Garra.—La fuerza del mal.—Fantasmas.—La raza.—Como buitres.—La espuma del champagne.—Aire de fuera. El abolengo.—Nido de águilas.—La estirpe de Júpiter.—María Victoria.—En cuarto creciente.—Como hormigas...

Las zarzas del camino.

Precio de cada tomo: 3 pesetas.

Pídesese a librerías, a nuestros Corresponsales y Dalvo Asensio, 3

B. Dip. Almería

AL-821-VIL-tor

En
Co
me
el 1



1001168

le la
aria-
esto,
elista

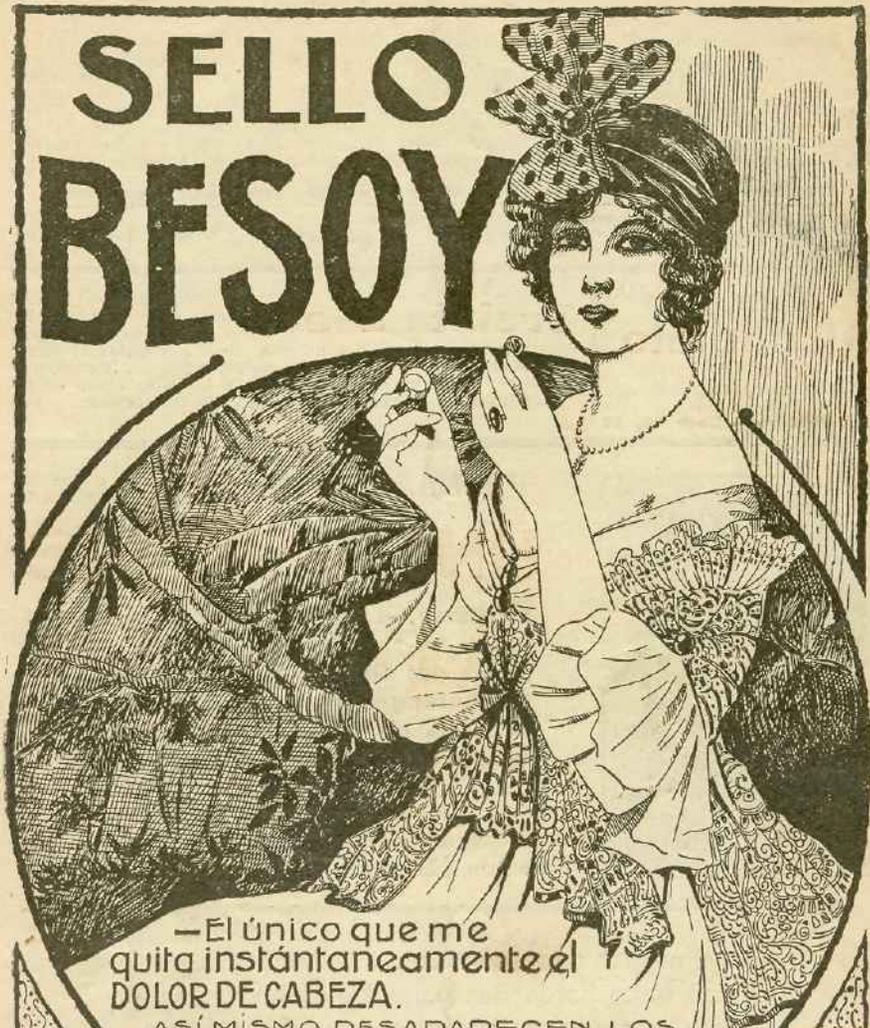
La antelación con que se componen estas portadas nos ha impedido hacer antes pública esta aclaración.

12/1/68

1.000

N- 6895

SELLO BESOY



—El único que me
quita instantáneamente el
DOLOR DE CABEZA.

ASÍ MISMO DESAPARECEN LOS
DOLORS ESPECIALES DE LAS SEÑO-
RAS Y TODOS LOS NERVIOSOS

INOFENSIVO Solo cuesta 30^{ctms}

73